



REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO**CARLOS MIRANDA**

De parranda.

FIACRO IRÁYZOZ

El marido encantado.

RAFAEL LASSO DE LA VEGA

Los nardos.

UN PEQUEÑO REPORTER

De la semana picaresca.

JACINTO CARMÍN

Las precauciones del buen X.

JOSÉ BRISSA

Genio y figura...

MARIANO DEL TODO

Y HERRERO

Epigrama oportunista.

FÉLIX RECIO

La virtud de las apariencias.

J. MARTÍNEZ JEREZ

Kursaal.

FERNANDO AMADO

La confesión.

CLEMENTE DE CASTRO

... Además de la Epístola.

SANTIAGO CAMARASA

La noche del beneficio.

FOVAR, DEMETRIO y ALFONSO

Caricaturas varias y retrato de Anita Cora.

**ANITA CORA**

Gentilísima cupletista italiana, nueva en España, que en breve debutará en Romea.

5 cénts.



Deparanda

LOS QUE A LA MUJER DAIS MIMOS SOIS UNOS SOLEMNES PRIMOS

Con mi experiencia de viejo
para las artes de amar
os voy, lectores, á dar—
con vuestra venia—un consejo.
La mujer es un diablejo
cuya tentación sufrimos
cuantos la fruta comimos
que dió la serpiente á Eva,
y el demonio se nos lleva
siempre que le damos mimos.

*

A mi modo de pensar,
es un axioma evidente
lo dicho; por consiguiente,
no se los debemos dar.
Gran pecado es el mimar,
en que todos incurrimos;
mas, si nos arrepentimos,
lograremos el perdón;
no debéis, en conclusión,
dar á las mujeres mimos.

*

“Me mima á mí hasta el extremo
mi prima.” “Pues ¡que te mime!”
“¿Y á tí quién te mima, dime?”
“Mí mamá me mima, memo.”
Sería “meter el remo,”—
cosa que jamás hicimos—
oponerse á que dos primos
se mimen, ó á que una madre
mime al hijo... de su padre;
pero ¡es que hay mimos de mimos!

*

Y es que hay cuerpo de mujer,
que, vamos, se pone... *tibio*
cuando ve á Max y á *Toribio*
sus películas hacer...

“Son dos mimos que ¡hay que ver!”,
por todas partes oímos
decir; y, cuando sali nos
de Price ó del Gran Teatro,
murmurar á más de cuatro
señoras: “¡¡Que me den mimos!!”

*

Y esto, queridos lectores,
no se debe consentir,
pues equivale á pedir
que les den á esos señores.
Ya sé yo que los actores
cosechan frutos opimos,
no faltándoles “arrimos,”
que hagan las veces de esposas;
¡pero es que algunas *ansiosas*
aun quieren encima mimos!...

*

Pasa igual con los toreros;
mas, si ahora á la mujer
le da el naípe por tener
caprichos *peliculeros*,
¡á morir los caballeros!...
Por todo lo cual decimos:
“Sois unos solemnes primos
los que, sin ver lo ridículas
que son algunas películas,
á la mujer les daís mimos...”

*

Lector:—Para terminar
con este sano consejo,
que mi experiencia de viejo
me autoriza para dar
al que me quiera escuchar—
Puesto que hoy se dan los *timos*
(cual las uvas) en racimos,
bien está—si así lo quieres—
que mimes á las mujeres;
¡pero no que les dés *mimos*!...

Carlos Miranda.

EL MARIDO ENGAÑADO

EN cuanto asoma el baroncito de Rocaflor por cualquiera de los salones del Casino, ya saben todos los concurrentes lo que va á decir. Lo primero una sandez y en seguida la noticia del día. Hay que advertir que la noticia del día, para él, consiste siempre en el descubrimiento del nombre y apellido de un nuevo marido engañado. Todos los demás sucesos le tienen completamente sin cuidado; lo principal, lo interesante, lo que acredita su admirable ingenio y su portentosa sagacidad, es ser el primero que lance á la pública maledicencia el nombre de uno de esos *majaderos*, como él los llama, que se dejan engañar cándidamente por su mujer.

Para el bueno del barón no hay marido que no pertenezca á la cofradía de *San Marcos*, confundiendo lastimosamente los evangelistas y creyendo de buena fe que *el toro* es el símbolo de San Marcos y no de San Lucas. Verdad es que mucha gente cree lo mismo, y tú el primero, queridísimo lector. ¿Verdad que sí? Pues sirva este cuento para sacarte de tu error.

Ello es que mientras Rocaflor, con un desahogo digno de mejor empleo, proclama en voz alta, entre chistes de mal gusto, el nombre de la nueva víctima que acaba de descubrir, sus amigos se ríen de la ignorancia en que vive el desdichado, sin sospechar que él también es cofrade de la de San Marcos, que diría él, ó de la de San Lucas, que debe decir.

Hay quien afirma que le consta lo de la baronesa y quien asegura que lo ha visto con sus propios ojos, y no faltan amigos cariñosos que la ponen de hetaira ó hetera (como dicen ahora los galicursis), que no hay por donde cogerla; pero sea lo que sea, lo evidente es que la baronesa es hermosísima, que el barón es imbecilísimo y que la fortuna de ambos no es lo suficientemente cuantiosa que les permita vivir en la opulencia, como viven. ¿De dónde saldrán esas misas? ¡Allá ellos!

Sucedió que una noche llegó al Casino nuestro maldiciente y con cara de alegría, exclamó rebotando satisfacción:

—¡Caballeros, la gran noticia!

—¿Quién es? ¿Quién es? —preguntaron todos á coro, más por reírse del baroncito que por curiosidad.

—Acabo de descubrir otra víctima. Hecho probado.

—¡El nombre! ¡Venga el nombre!

—¿Quiéren ustedes saberlo? Pues bien; el marido engañado, acabadito de salir del horno, es nada menos que el general Z.

—¡Bravo, barón! Vengan detalles. ¡Detalles!

—¿Y ¿quién ha sido el afortunado?...—exclamó un socio.

—¡Ah!; eso... Permítanme ustedes que re-



—Cerila, ¡á ver si acaba pronto el rollo que toos semos hijos de Dios!

serve su nombre. Se dice el pecado, pero no el pecador.

Y con una fatuidad repugnante daba á entender, sin decirlo, que el afortunado burlador había sido él mismo.

Cuando más animados eran los comentarios, un viejecito, con cara de vinagre, que arrellenado en un sillón escuchaba silencioso, púsose rápidamente en pie y encarándose con el barón, le dijo enérgicamente:

—Señor barón, es usted un miserable. Trate usted con más respeto á personas dignísimas cuya conducta debiera imitar.

—Mi general, yo... lo que se cuenta...

—¿Y usted, con qué cara puede hablar aquí de maridos engañados? ¿No hay quién se atreva á decirselo? Pues bien; se lo voy á decir yo: Señor barón, el único marido engañado que hay aquí, es usted.

—¡Falso! ¡Falso!—gritó el barón—. ¡Eso es una calumnia!

—No es calumnia. Se lo puedo probar en el acto.

—¡Vengan las pruebas! Mi mujer no me

—Pues ese caballero es el amante de su señora de usted. Que le conste.

—¿Bueno, y qué?—replicó cínicamente el barón.

—Que ya está usted enterado.

—Pero eso no prueba que me engañe mi mujer.

—¿Cómo que no?

—No, señor; porque mucho antes que el banquero lo sabía yo. Me lo consultó mi mujer.

Fiacro Yráyoz.



La señorita.—Este invierno pienso tener muchos novios.

La criada.—Por eso mismo se ha ido mi hermana al pueblo.

La señorita.—Habrás tenido un disgusto grande.

La criada.—No, señora, ha sido chico.

engaña. Tengo la completa seguridad. ¡Pruebas, pruebas!...

—¡Ahora mismo! ¿Ve usted aquel caballero que está de espaldas en aquella sala?

—Sí, señor.

—¿Le conoce usted?

—Sí, señor. Es el banquero Santamarta.



LOS NARDOS

Los nardos han abierto con el día, y la vara magnifica su esencia maravillosa vierte, que es la ciencia del corazón y la sabiduría.

Son todos para tí. Los he cogido de la tierra caliente, adormecida bajo el peso del sol, y aún tienen vida. Al tiempo de arrancarlos han gemido.

Aspiralos y goza del perfume de su savia, que es sangre; pero luego ponles agua en un vaso, porque el fuego de su pasión los quema y los consume.

De las aguas que bordan las riberas se nutrirán. Y luego, á las postreras ansias de amor, sin penas ni congojas, se irán muriendo y se pondrán sus hojas mustias y amoratadas como ojerás.

Rafael Lasso de la Vega.

LEA USTED EL JUEVES

EL ADEREZO

por **EDUARDO ZAMACOIS**

20 CÉNTIMOS

DE LA SEMANA PICARESCA

(NOTAS DE MI CARNET)

EL COLOR DE LAS MEDIAS

RIERRE Levine, un cronista parisino que, por los asuntos que suele tratar, goza de gran predicamento entre las lectoras, y muy singularmente las que pertenecen á la generosa y benemérita legión de amigas íntimas de todo el mundo, ha abierto en una revista demimondesca una curiosísima encuesta: *¿Con qué medias le gusta usted más á sus adoradores?* Tal es su sugestivo título.

Las contestaciones llueven por centenares, y eso que está al comienzo de su información. Las más distinguidas amadoras, no sólo de París, sino de los departamentos, se han apresurado á enviarle curiosísimas respuestas; y como las de por allá son mujeres talentudas y prácticas, le mandan, además, el retrato y las señas de su domicilio, no tan sólo para demostrar la autenticidad, sino también para que les sirva de desinteresado reclamo.

Una de ellas, que está de gran actualidad en los cabarés de Montmartre, envía una contestación sumamente ingeniosa:

"Soy mujer tan ordenada dentro de mi forzoso desorden—dice á Levine—que, entre otras cosas, llevo una minuciosa estadística de la industria, tráfico, arte, profesión ó como quieran los inmortales de la Audiencia clasificar el medio de vida que ejerzo. En ella anoto edades, ocupaciones declaradas, tipos fisonómicos, nacionalidades y otros datos, unos confesables y privados otros, de mis amigos, admiradores, clientes, colaboradores, ó igualmente como tengan á bien nominarlos, por más que en el argot galante tienen ya un apelativo sumamente expresivo.

De esta estadística saco las siguientes observaciones, contestando á su pregunta concreta:

Tienen más partidarios las medias negras y siguen con éxito las moradas; á éstas las granate, luego las perla... El color cuero no produce estímulos sensoriales.

Vuelve ahora á estar en moda la media blanca; pero no gusta al respetable público.

En conclusión; que la media negra es la que les domina y más desde que son caladas y transparentes. Con ella no hay pantorrilla fea; "arma muy bien."

La repuesta de esta profesional del amor mercenario, como las llama cierto doctor amigo mío, hombre de gran cabeza por cierto, es en mi opinión digna de ser estudiada por las demás mujeres, sea cual fuere el plano moral en que se hallen.

Además, y por si se permite opinar al



—Chica, ahora me explico por qué no se le ve hace tiempo á Eduardo. Se ha casado con una *ecuyere* inglesa.

—¿Y qué tiene eso que ver para que no aparezca?

—Toma, pues que se pasa el día montando á la inglesa.

otro sexo en esta cuestión tan importante, yo estoy en absoluto de acuerdo con ella.

Tiene muchísima razón. El color blanco no destaca la línea y quita encantos, mientras que el negro entona, y, como dice la interesada, arma muy bien. ¡Arriba, pues, la media negra; ya sea calada ó de gasa, y abajo la blanca, por antiestética, antitonificante y antipatiquísima!

CRIADO NUEVO



—¿Pero que haces, animal?

—Lavarme, señorita.

—¿Y no sabes que en ese cacharro sólo se lavan los tontos?

Hagamos una cruzada masculina contra ella, y no digo una liga porque, si queremos que caiga, claro está que será contraproducente la liga.

Una pantorrilla cubierta con media negra es el ajenjo, que abre cualquier apetito por desgano que se encuentre uno.

Lo que no tiene duda, es que desde que los fabricantes dieron en la novedad feliz de puntearlas con dibujos y transparencias, la raza humana se ha vigorizado y el censo de población aumenta considerablemente.

Antes, cuando nos extasiábamos viendo aquellas medias á cuadros, de colores chillones, había muchos que confundían la pierna de una socia con una barra de turrón de frutas, y no les digo nada de las listadas y de las escocesas, que convertían las atrayentes extremidades inferiores de las mujeres en monótonos modelos de figuras geométricas.

Luego, fíjense ustedes en que ahora son todas más largas. Aquellas de Tolosa que llegaban hasta muy lejos, para no repetir el famoso parreado, no tienen ya exclusiva nin-

guna; todas se pierden en las reconditeces de lo infinito.

Aunque los historiadores no hayan revelado esas intimidades, tengan ustedes la seguridad de que una media habrá sido causa de más de un conflicto internacional. Sobre todo en la Edad Media es lógico que así ocurriese.

Y eso que entonces la media no pasaba de la rodilla; es decir, no era más que media media, y perdonen ustedes lo mediano del chistecito.

En resumen, mis queridas lectoras; debéis de seguir á pies juntillas las autorizadísimas observaciones de la ingenua francesita, sin que os preocupe la condición de quien las emite; consideradla sólo como mujer.

¡Rechazad las medias blancas! ¡Continuad con las negras y en sustitución de ellas usad las moradas, y así sucesivamente! ¿No habéis oído que los hombres *pasan las negras*, unas veces, y otras *las moradas*? ¿A que no oísteis nunca que *pasan las blancas*?

Pues por algo se dirá eso entre el sexo feo.

No olvidéis, ni por un momento, que las blancas destruyen la línea y, en cambio, las negras, la enderezan.

Un pequeño reporter.



—Y con toda esa tripita... ¡Tiene gracia!

—Pues no te rías, porque el día menos pensado te encuentras tú lo mismo.

LAS PRECAUCIONES DEL BUEN X.

Los maridos celosos no saben lo que inventar para defender el tesoro de la mujer propia contra las asechanzas constantes de los que estamos siempre ojo avizor para hallar la brecha por donde colarnos gratuitamente en la fortaleza sitiada, procurando sorprender al enemigo y cogerlo descuidado.

En mi larga vida galante fueron muchos los casos que se me presentaron, y he tenido siempre la suerte de que todas las previsiones de los tales maridos fallasen ante mi buena sombra unas veces, y ante el poder de mi ingenio otras.

Pero la última aventura que me ha ocurrido, hace pocos días, es de las más originales que registro en mi crónica. No puedo resistir la tentación de contarla, aunque omitiendo, como es natural, los nombres de los interesados: sería un ensañamiento indigno de mí, porque bueno está alardear de hombre "irresistible", pero sin llegar á ciertas revelaciones que son de verdadero mal gusto.

Y basta de preámbulo.

*

X. es propietario de una ganadería en tierra andaluza; pero vive en Madrid y esto le obliga á trasladarse, de cuando en cuando, á la dehesa de su propiedad á donde le llaman los toros, representantes genuinos de sus intereses.

Claro está que no le acompaña su mujercita en esas excursiones, porque sería imponerle un sacrificio exagerado tenerla entre pastores y vaqueros presenciando faenas y operaciones desagradables unas veces y expuestas otras.

Por eso Paquita se queda en Madrid, en su hotelito del barrio de Pozas, bajo la

guarda y custodia de Juan, el ayuda de cámara del marido, y á quien éste tiene en el concepto de un perro fiel y defensor de su amo.

La consigna á Juan es la siguiente:

—Todas las noches, cuando la señorita, después de comer, se retire á sus habita-



—Papá, tienes que echar al panadero; es un ladrón.

—¿Por qué, riquito?

—Porque esta mañana, después de darle la chacha los cuartos le dijo que la iba á quitar el bollo.

ciones, echas la llave, Juan, á la puerta del gabinete y te acuestas con ella.

(No sea malicioso el lector: X le recomendaba que durmiese con la llave bajo la almohada.)

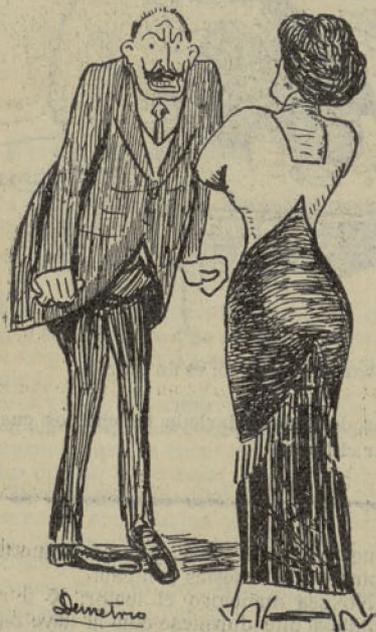
Y Juan, ni corto ni perezoso, cumplía el encargo al pie de la letra, cerrando todas las noches y no abriendo la puerta del gabinete hasta el siguiente día á las once de la mañana que era cuando Paquita necesitaba de la ayuda de su doncella.

Con esto creía cumplir y no se metía en más profundidades ni en más averigua-

ciones. Podía Paquita recibir cuantas visitas le pareciesen convenientes sin que Juan se preocupase poco ni mucho de investigar quiénes eran ni qué intenciones llevaban.

Esto lo sabía yo porque á mí no se me escapa nunca ningún detalle que pueda convenir á mis intereses; y además lo sabía por el propio Juan, que, antes de ser ayuda de cámara de X., había sido corista en un teatro por horas, y duró allí toda la temporada gracias á las recomendaciones mías.

Con todos estos antecedentes, apenas supe que X. había tomado el tren para la dehesa de Córdoba, se me ocurrió ir á ver á Paquita, recordando que en más de una ocasión, siendo yo invitado á comer en su casa, me había mirado con ojos de mujer aburrída... de su marido.



—Lo sé todo: anoche, mientras yo estaba en el Casino, recibiste en tu cuarto á ese infame de Pérez.

—No lo niego, ¿y qué?

—Que me aterra el pensar el disgusto que se llevaría Pérez si se me ocurre volver en aquel momento.

REFLEXIONES DE UN JUGADOR



—¡Retronchez! ¡La barbaridad de combinas que se pueden hacer en esta ruleta, hasta cargarse un penol!

Y allá me fuí con la intención... de un toro de la ganadería de su marido.

Llegué á los postres de la cena; charlamos con toda libertad, y cuando llegó el momento crítico de tomar el café me invitó á que pasase á su gabinete, donde la doncella lo había servido.

A los dos sorbos... ¡rin! ¡ran!

—¿Qué es eso?—pregunto alarmado.

—Juan que cierra.

—Pero...

—Es la consigna de mi marido.

—Y... ¿hasta cuándo?

—¡Oh! Ya puede usted estar tranquilo, hasta mañana á las once.

Efectivamente.

Juan durmió con la llave bajo la almohada, y yo tuve necesidad de pasarme allí toda la noche.

Mientras X operaba tan tranquilo en la ganadería, yo me dedicaba también á otra faena idéntica: la de tintera y cerrado.

Jacinto Carmin.

GENIO Y FIGURA...



VERDADERAMENTE, existen personas muy despreocupadas. Ahí está el prestamista D. Antero, que no me dejará mentir.

Cuidado que un prestamista con casa abierta, no es un cualquiera, y su posición ha de imponerle ciertos cuidados; bueno, pues D. Antero sale á la calle con una levita que venció en su establecimiento hará cosa de ocho años.

¿Que le cae una mancha? La mira desdeñosamente y sigue su camino.

¿Que se va pisando los flecos del pantalón? ¡Bueno!

En vano su tía Laureana, que ha sido para él una tercera madre, pues su segunda lo fué una cabra, dicho sea en sentido nutritivo, le suele sermonear de lo lindo acerca de su dejadez.

—Déjeme usted, tía—suele contestar—, ya sabe la gente que llevo un duro en el bolsillo, y las apariencias me molestan; además, para eso soy prestamista.

Desde pequeño denotaba sus inclinaciones, llorando como una Magdalena en cuanto le hablaban de lavarse, y en cierta ocasión que le tiró el maestro un tintero á la cabeza estuvo dos semanas sin volver á la escuela por no lavarse la cara... y para que no le tirasen la salvadera. Desde entonces tiene una mancha amoratada en la nariz, y esta fué la causa de que se desbaratase la boda con una chica corredora de alhajas, que le hubiera convenido mucho.

La corredora iba frecuentemente á la tienda de D. Antero, y éste la enseñaba los efectos en venta, echándole un requiebro entre objeto y objeto.

Ella fué ablandándose, pues daba en verdad gloria ver aquellos estantes llenos de ropa usada y aquellas habitaciones repletas de colchones, guitarras, jaulas, pianos y cafeteras. La corredora le veía siempre en la tienda, tras el mostrador, con la gorra de visera puesta y ladeada graciosamente sobre la

nariz. Le miraba de perfil, y, aunque algo chato, no le encontraba feo del todo. De frente, le resultaba algo ordinario, efecto del labio inferior que se le caía un poco. En cuanto á la indumentaria y al aseo, la obscuridad de la tienda lo disimulaba todo. Porque la corredora era mujer de gusto, acostumbrada á tratar gente fina.

Por eso, una mañana que le encontró des-



La señora.—¡Estoy loca! Vé á escape á casa del médico y explícale cómo me hallo en este momento.

La doncella.—Pues tápese la señorita antes de que me vaya.

cubierto, se quedó extática mirándole la mancha.

—¿Qué es eso?—exclamó.

La tía Laureana estaba al quite y respondió muy resentida:

—Un antojo, hija...

Pero la corredora no contestó siquiera; salió de la tienda para no volver á entrar jamás, con el dardo de la desilusión clavado en el alma.

Poco después se enamoró D. Antero de una pianista italiana, una verdadera profesora que tocaba sin compasión cuanto oía.

La conoció en el establecimiento una noche á las nueve en punto.

Llevaba á empeñar un lote de dos calzo n-

LOS VIEJOS VERDES



—¡Pero por qué se les habrá ocurrido nacer tan tarde á estas mujeres!

cillos, tres cuellos de pajarita y una toquilla verde de pelo de cabra.

El dependiente ofreció desdeñosamente cuatro reales; pero D. Antero, subyugado por una mirada candorosa de la joven, exclamó autoritariamente:

—¡Pon una cincuenta!

Desde aquel instante el prestamista y Angélica se comprendieron. Se citaron en la Red de San Luis y D. Antero quiso arrastrarla hasta el café Habanero. Angélica, aunque era una joven inocente, amaba á un estudiante de Medicina; le amaba con toda su alma, pero no quiso renunciar á la excitante aventura de una cena de ocho reales con dos principios.

Entonces, como puede comprenderse por ser la cosa más natural del mundo, sobrevino la catástrofe.

No porque el rival del prestamista se presentara súbitamente, sino porque al contemplar la interesante italiana á su dulce dueño bajo el foco luminoso del reservado, lanzando una carcajada histérica, profirió en su armoniosa lengua esta sola y elocuente palabra:

—¡Porco!

Y salió precipitadamente de la estancia, derribando á su paso por el corredor á un camarero calvo, natural de Burgos.

D. Antero, harto de sufrir desilusiones, no ha vuelto á amar... ni á mudarse de ropa.

Genio y figura...

José Brissa.



EPIGRAMA OPORTUNISTA

Raimunda, esposa fecunda de un huelguista empedernido, increpaba á su marido, y así decía Raimunda:

—Lo único que veo claro, con ser tú del Comité de organización, es que yo con el paro... pues paro.

Mariano del Todo y Herrero.



Ella (soñando).—¡Ay!... ¡Déjame ya, Pepe!
Él (nada despierto).—¡Pobrecital Está soñando conmigo. Y me dice Pepe para despiertar, porque yo me llamo Toribio.

LA VIRTUD DE LAS APARIENCIAS

NOCHES atrás, practicó el marquesito Dionisio de la B., y mientras admiraba á Simó Raso en *Las cosas de la vida*, la conquista de una mujer elegante, bella y bienazonada muchacha, á quien acompañaba una señora de edad. Al salir de Cervantes, B. quiso marcharse á cenar con la joven.

—Y si tu tía, ó lo que sea tuyo—añadió—, quiere acompañarnos, puede hacerlo.

—Imposible, caballero—repuso la moza—; esta noche hemos de separarnos en seguida, porque ya es tarde y mi tía Isabel es una señora enamorada de las buenas formas.

Dionisio insistió, extrañando el ambiguo carácter de la seducida; una hetera con gazmoñerías y remilgos de burguesita, que acaso venga á introducir en nuestra galería andante una variedad nueva. Ante los deseos del marquesito, ella mantuvo su afirmación.

—Seamos prudentes—murmuraba—; usted no conoce á mi tía.

—Entonces, ¿cuándo nos veremos?

—Mañana.

—¿A qué hora?

—Después de almorzar; á las tres en punto de la tarde; beberemos el café juntos.

—Perfectamente. Pero, ¿y tu tía?

La joven alzó los hombros, sonriendo con expresión burlona indefinible.

—Mi tía... ¡ya veremos!—dijo.

Dionisio acudió á la cita, siendo introducido en un gabinetito donde doña Isabel y su sobrina le esperaban: sobre un velador y en preciosas tacitas japonesas humeaba el café, aromando el ambiente. Al fondo aparecía el dormitorio, con su espacioso lecho de palosanto, disimulado tras un biombo. La conversación comenzó lánguidamente: hablóse de los teatros de invierno, de viajes, de estaciones, de modas... Y todas las ocasiones ó conjunturas aprovechólas doña Isabel para mostrarse mujer rigorista y esforzada defensora de las buenas formas. Oyéndola discurrir, el marquesito pensaba, sin duda:

—¿Y para esto vine yo aquí?...

Media hora después, doña Isabel se levantó, solicitando permiso para marcharse á dormir la siesta. Dionisio, viéndose á solas con Socorro, preguntó:

—¿Qué hago?... ¿Me voy?...

Ella contestó entornando los ojos apasionadamente. El marquesito, enajenado de júbilo, corrió hacia ella.

—¿Luego, puedo quedarme? ¿Y tu tía?
—Nada; no hay cuidado. Hasta las seis de la tarde, hora del paseo, no vendrá á buscartos.

Aquella siesta, yo lo presumo sin esfuerzo, lector querido, debió de ser para Dionisio muy dulce; nadie fué á importunarles.



—Mira, mamá; no me gusta que te pongas tan guapa cuando me llevas de paseo.

—¿Por qué lo dices, vidita mía?

—Porque te echan flores á ti sola.

A la hora que Socorro había previsto, dos golpecitos dados en la puerta del gabinete anunciaron la llegada de doña Isabel.

—¡Adelante!—exclamó Dionisio.

Por consejo de Socorro, ella y el marquesito estaban sentados delante de una mesa, jugando á las cartas.

—Conviene guardar las buenas formas—había dicho la joven.—¿Qué quieres?... Mi tía es así.



—¡Que le va á sorprender la señorita con las manos en la masa!

—Habéis jugado mucho?—preguntó la tía.

—Mucho; sí, señora.

—¡Yo lo celebro! Pues ya lo sabe usted para lo sucesivo. Siempre que quiera pasar un ratito...

Aquella escena continuó repitiéndose invariablemente todas las tardes. Después, durante el paseo, la admirable anciana solía hablar de las malas costumbres.

—Yo—decía—achicharraría á fuego lento á esas madres tunas que permiten á sus hijas tener amantes. ¡Qué escándalo!... En cuanto á mí, creo que si viese á mi Socorro entre los brazos de un hombre, me caía muerta del disgusto...

Y Dionisio de la B. me preguntaba hace un rato:

—Conque, dime, Luis: ¿qué piensas tú de esto?...

—Pues yo pienso, como todos los que conocen íntimamente los bastidores del teatro de la vida, que en el mundo las apariencias tienen, por lo menos, la fuerza de la realidad. La tercera solapada de doña Isabel es algo muy humano, y ejemplos de esta laya podrían citarse por docenas en todos los órdenes. Así, verbigracia, el padre que no dejaría á su hija ir sola á la acera de enfrente, permite

que un desconocido la coja por el talle para bailar: y en el baile las rodillas se tropiezan, los alientos se mezclan, los vientres se rozan...

¡Ah, las apariencias!...

Félix Recio

KURSAAL

Los violines sutilizan un ritmo alegre y ligero y frente al trueno de aplausos de la lujuria impaciente, en el recato de sombra que hace el ala del sombrero asoma la cupletista sus ojazos, sonriente. Una pluma es como un ave cansada que se reposa, y un encaje sobre el negro terciopelo del abrigo dice esa última caricia distraída y silenciosa que sólo dan las esposas románticas... á un amigo. Repretando el amplio trazo de la pierna con la falda, posando el pie brevemente que alto coturno empavesado, sobre el pecho la nerviosa quimera de una esmeralda y en los labios un sangriento granato de vampíresa, canta con su voz ingenua de muchacha adolescente un cuplé alegre y canalla de lujuria y de pasión, y abre unos ojos inmensos de asombrada y de inocente cuando estalla una salvaje carcajada en el salón

J. Martínez Jerez.



—Pues lo primero que vas á hacer es darme un bocadillo.

—¿Dónde?

LA CONFESIÓN

EL hecho acaba de ocurrir en Roma; y, ó mienten los periódicos de la "ciudad eterna", ó hemos de reconocer que la vida es novela; novela á ratos monótona, pero á ratos también terrible, inverosímil, palpitante; novela por entregas... El pintor italiano Edmundo S. estaba en su estudio sacando de una caja un magnífico maniquí articulado que acababan de traerle, cuando una mano de mujer llamó suavemente á la puerta.

—Adelante—gritó Edmundo.

La puerta giró sobre sus goznes y apareció la elegante silueta de una joven envuelta en un largo abrigo de color claro. Era Matilde, modelo muy solicitada y querida de los artistas romanos, y de la que S. estaba enamorado con un amor que le ha empujado al presidio.—¿Qué haces ahí?—preguntó Matilde sin atreverse á pasar del umbral.

Edmundo volvió la cabeza; le parecía adivinar cierto miedo en la voz y en la actitud encogida de su amiga; sin duda Matilde había confundido al maniquí con un hombre de carne y hueso: la poca luz que había en el estudio (eran ya las siete de la tarde) reforzaba la verosimilitud de esa suposición. Entonces el pintor tuvo una ocurrencia cómica y dramática á la vez:

—¿A qué negarlo?—exclamó acercándose á la joven y cerrando la puerta—; le he matado, le maté luchando con él bravamente, cuerpo á cuerpo... Esto tenía que suceder...

Hablando así la sacudía violentamente por un brazo; Matilde se había puesto pálida, murmurando:

—¿Has matado?... ¿A quién?...

—A Pablo... Te amaba, te amaba locamente, como yo te amo; el cariño que poníamos en tí refluía después sobre nosotros, convertido en odio. Sobraba uno de nosotros el más cobarde, el más débil, él...

Diciendo esto extendía el brazo. En el fondo del estudio aparecía una caja, dentro de la cual se columbraba á trozos el perfil de un hombre muerto. El primer movimiento de Matilde fué terror...

—Hiciste bien—exclamó rehaciéndose.—¿Qué quieres de mí? ¿Que te ayude á ocultar el cadáver?

Se había quitado su capa y su sombrero, que arrojó sobre una silla, y en sus ojos brillaba una expresión tan singular de odio sa-

tisfecho, que Edmundo, que ya estaba á punto de echarse á reír, calló repentinamente, mordido por un sentimiento de celos. Aquel Pablo de quien hablaban era un íntimo amigo, también pintor.

—¿Hice bien en matarle, verdad?—pre-

LA MUJER DEL ATLETA



—¡O sales de la alcoba ó te doy un capón!

guntó clavando sus ojos zahorís en los de la joven.

—Sí—repuso ella con despecho—hiciste bien, ¡muy bien!...

—¿Te amaba!

—Sí.

—¡Ah!... ¿Y cómo no me lo dijiste nunca?

—No sé... Lo intenté muchas veces y siempre me faltó valor.

—¿Y tú le quisiste?

Ella bajó los ojos.

—¿Le quisiste?—repitió el pintor cuya voz temblaba de cólera.

—No—repuso Matilde—, no le quise, no le quise nunca, pero fui suya, una vez... Medio de grado, medio por fuerza... Por eso le odio.

Entonces, hablando atropelladamente, refirió los pormenores de aquella innoble aventura: fué en aquel mismo estudio, durante una ausencia de Edmundo, que había salido á buscar dinero. Ella estaba echada en



—¡Jé, jé! Tú me tapas los dos y en seguida te reconozco, y yo no te tapo más que uno y tardas media hora en enterarte.

un diván, medio dormida, cuando Pablo entró. Hablaron de diversos asuntos; él la cogió las manos y empezó á acariciarlas.—“Déjeme usted—dijo la joven—, eso no está bien; seamos juiciosos...” —Pero no lo fueron; había en la atmósfera algo que invitaba al pecado. Fué una caída estúpida, que sólo dejó en la memoria de Matilde un odio in vencible.

Mientras la joven hablaba, Edmundo, inconscientemente, iba reculando, como quien retrocede ante las acometidas de un enemigo invisible; no podía hablar; un velo sangriento nublaba sus ojos... De pronto se volvió loco, y abalanzándose sobre una pano-

plia, cogió un puñal; entonces Matilde quiso huir, pero ya no pudo; el primer golpe lo recibió en el cuello; los otros dos en el pecho; los tres mortales de necesidad... Aquella noche Edmundo S. durmió en la cárcel; el desdichado ofrece síntomas de enajenación mental: probablemente tendrá que cambiar el presidio por el manicomio:

Fernando Amado.

París, 7 de Octubre.

... ADEMÁS DE LA EPISTOLA

TODOS los hombres guapos y de gallarda presencia no son simpáticos, como *no visten bien* todos aquellos que van bien vestidos.

Hay algo ajeno á la superior calidad de la ropa, y es el entono y buena traza del que la lleva, como existe en el individuo algo esencialísimo que no dimana de la perfecta regularidad apolónica de sus facciones. Para ir bien vestido basta tener dinero; pero el arte de vestir bien, esto es, de llevar airosamente el frac ó la capa que el sastre nos puso sobre los hombros, no se aprende, nace con nosotros.

Estas leves cuestiones de psicología popular, adquieren mayor importancia si elegimos á la mujer para blanco de nuestras observaciones. La mujer, ornato del mundo, y hechizo, por antonomasia, de la vida, es un ser que hizo una religión del culto á la belleza; ser encantador creado para estímulo y recreo de la humanidad masculina, y que parece cifrar la mitad de su destino en el difícil arte de saber vestirse para luego desnudarse; que las mujeres tienen la doble misión de hacerse amar y de conservar vivo y sobre las armas el fuego del amor que inspiraron.

¿Como deben desnudarse las mujeres?

¿Será despacio?

¿Será deprisa?..

Cuestiones son éstas que someto á la discreta consideración de mis lectoras, y que desde luego las casadas deben considerar tan importantes y dignas de recordación como la misma Epístola de San Pablo.

Días pasados concurrí á la boda de un antiguo compañero mío; se casó á las ocho de la mañana, en la iglesia de San Sebastián. Terminada la ceremonia los recién casados

se despidieron apresuradamente de todos sus amigos y subieron al primer coche de alquiler que pasó. Es indudable que tenían grandísimos deseos de verse á solas y que para ellos no hubo verdadera noche de bodas...

¿Para qué estas impaciencias? El pueblo se casa temprano, con la primera misa; los reyes y los aristócratas se desposan de noche, y hacen bien: ningún hombre corrido, dueño de sí mismo y observador escrupuloso de sus sensaciones, deja para una siesta lo que merece el espacio y el misterio de una noche. Los amores satisfechos en medio del campo, bajo un cielo azul, entre las oleadas abrasadoras de un sol de fuego, son brutales; la luna, con su luz pálida y enfermiza, es el astro favorito de los enamorados inteligentes que llegan al abrazo supremo lentamente, temerosos de perder demasiado pronto aquello que persiguieron y codiciaron durante largo tiempo.

Yo creo que gran parte del valimiento ó demérito de las personas depende del escenario en que estén colocadas. Una primera noche de amor, aunque Balzac ó Felipe Trigo, quien en esto de las primeras noches tiene gracias á Dios menos práctica que yo, afirmen otra cosa, merece un lugar serio, que la altezza y autorice. Las habitaciones de los hoteles, con sus puertas numeradas, sus espejos llenos de nombres y de fechas y sus camas que abrigaron á centenares de viajeros oscuros, son habitaciones odiosas, ayunas de majestad y de poesía. Las alcobas de los recién casados son á modo de capillas consagradas á los sacrificios preliminares de una nueva existencia, y en las cuales no debe faltar el lecho immaculado, la lamparilla azul, cuyo suave resplandor recrea los ojos del hombre sin lastimar el pudor de la doncella, la alfombra sobre que pueden caer, sin mancharse, el velo y los azahares de la novia, el reclinatorio en que la joven esposa rezaba siendo niña.

Pensando en todo esto, y circunscribiéndome ya únicamente á los pormenores de esta noche memorable, me ocurre pregun-

Lea usted el jueves en **EL LIBRO POPULAR**

EL ADEREZO

por **Eduardo Zamacois.**

20 CÉNTIMOS

tar: ¿Cómo deben desnudarse las mujeres? ¿Será despacio? ¿Será deprisa?..

Las lectoras que quieran guiarme con sus consejo de tan delicada cuestión, tienen la palabra.

Clemente de Castro



—Ya te he dicho, Olegario, que no m'acompañes por la calle, que me vas á hacer perder mi reputación.

—¿Tu reputa... qué?

La noche del beneficio

EL coquetón "camerino", estaba sumptuosamente adornado, invadido de valiosos regalos, en los que imberaban magníficos y delicados "bouquets".

Entre las sentimentales figuritas de Sevres y caprichos de biscuit, entre las preciosas cajas de joyas, entre los lindos abanicos de nácar con sus paisajes goyescos, entre el conjunto divino de flores de todas clases, entre todos los obsequios, resaltaba la belleza de la beneficiada, la incomparable hermosura de Celia, de la artista mimada por el público madrileño.

Aquella noche estaba emocionadísima; hablaba maquinalmente, poniendo en sus pala-

bras la frialdad de su alma desilusionada, la ironía de su corazón desengañado.

Tenía para todos los que se acercaban á estrechar su linda mano de rosa una sonrisa forzada y la misma frase sencillísima: "¡Gracias! ¡Gracias!.."

Sentada en una butaquita, oía, sin prestar atención, las galantes palabras de sus admiradores, que la prodigaban toda clase de alabanzas. Ponderaban su belleza, su arte magistral, su divino cuerpo, su charla simpática. Y Celia callaba á todo; abstraída completamente, ni oía las galanterías ni veía que los regalos iban llenando aquel paraíso, aquel gabinete confidente de sus penas y de sus alegrías, donde tantos pensaron gozar y donde sólo pudo lograrlo el que la hacía permanecer muda y triste.

Sus amigos se esforzaban en hacerla reír y nada conseguían. Contrariados, despedíanse de ella y abandonaban el camerino...

Entonces sola, sin temor de que nadie la viera, sin miedo de que llegara á los oídos de su amor, lloró por él; lloró con pena por el hombre que fué suyo, por el dueño de su vida, por el que diciéndola palabras falsas consiguió su cuerpo y después la abandonó sin lástima, sin pensar que su entrega, que su posesión, fué por amor; porque le amó con toda la fuerza de su corazón, porque quiso hacerle más suyo, sin pensar que fuera un canalla que, satisfaciendo sus deseos, se alejara para siempre, el capricho satisfecho.

Por sus pronunciadas y misteriosas ojeras, que daban más realce á su espiritual belleza, deslizábanse preciosas lágrimas, que corrían presurosas por sus mejillas de nieve y caían sobre su palpitante pecho.

Y su rostro de amargura era el símil más perfecto de la Dolorosa.

Una doncellita pidió permiso; penetró y dió á Celia la Prensa de aquella noche.

Volvió á quedarse sola, cogió un diario y vió su fotografía en primera plana. Con desdén, empezó á leer aquel papel que como todos la admiraba.

De su imaginación loca, ó más que loca, enferma de amor, no podía apartar el nombre del hombre amado.

Sin darse cuenta, leía el artículo que la dedicaba el cronista X; en aquellas líneas repetía lo de siempre, lo que la decía á todas horas: "Que era la mujer más hermosa! Que era la artista más admirable!"

Soltó aquel papel y cogió otro. También su fotografía, y al lado de ella, la de un hombre que por la tarde se suicidó. Leyó con interés, ávida de averiguar lo ocurrido, y al terminar, sus débiles manos, sus dedos finísimos y distinguidos, le estrujaron con rabia. Aquel hombre era él, el que ella amaba; el que la hacía sufrir; se quitó la vida por una mujer, según decía la información; pero sin dar el nombre de ella, sin que el suicida lo hubiera dicho.

Celia quedóse pensativa... ¿Sería ella? ¿Sería por ella? Y con rapidez recogió el periódico, quitóle las arrugas y sobre el fotografo del suicida puso sus labios amorosos que aún conservaban sus lágrimas de plata.

Santiago Camarasa.

APARTADO 547

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

EST. TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL

